

## DE ESPORA A MONSTRUO

El bichejo de chata cabeza mi miraba con sus ojos saltones; era ciertamente una criatura fea y repulsiva además de peligrosa. Por más que la azuzaba con el mondadientes no abría la diminuta boquita para que me mostrara su lengüita urticante. Enojado cambié de instrumento asiendo una pincita y le pellizqué cerca de un ojo; entonces sí la sacó quedando pegada por la punta al metacrilato impregnado de pegamento inoloro. Así sería capaz de fotografiarla. Luego extraería con una jeringuilla parte de su veneno. Pero no contaba que derritiera el metacrilato del recipiente y me picara en una mano sintiendo un dolor inaudito, a la vez que lanzaba la cámara por los aires. Fui corriendo al lavabo para mojarme con agua fría del grifo. Estuve cinco minutos sin moverme hasta remitir el horribles escozor.

Cuando regresé el endemoniado bichejo ya no estaba en el contenedor. Tenía que encontrarle como mucho en un par de horas, antes de que tuviera un tamaño ingobernable y su picadura fuese mortal. Tan sólo un ejemplar adulto produjo estragos en la Luna matando a doce colonos cuando se filtró por los conductos de ventilación desde la sala de descompresión, habiendo llegado al satélite directamente del espacio exterior en forma de espora grandecita de color rojo intermitente. El ejemplar que debía encontrar vino del mismo modo, pegado en el traje de un astronauta llegado de Saturno, siendo detectado de inmediato, y esta vez conociendo su sorpresivo modus operandi.

Al cabo de media hora lo encontré debajo de una papelera. Había crecido hasta alcanzar el tamaño de un ratón. El problema era darle caza. Para ello cogí un tirachinas, y le lancé una piedra pequeña de cobalto; le dejé grogui. Lo agarré y posé en la mesa atándole con una correa ancha y le inyecté un tranquilizante para caballos. El muy cabrón no dejaba de crecer y atirantar la correa temiendo la reventara. De no ser tan importante su estudio le hubiera destripado en esos tensos instantes.

Ya del tamaño de un gato, despertó emitiendo unos chillidos espeluznantes cual bestia iracunda, rompiendo la correa a mordiscos con sus nuevos dientes que eran como los de una sierra eléctrica; al soltarse saltó por encima de mi cabeza, y del susto caí de espaldas. Cuando me levanté supe que había salido por la ventana rompiendo el cristal como si fuese de papel; inmediatamente oí gritos de muerte. Cuando salí del laboratorio vi a la mujer de la limpieza tirada en el suelo con el monstruo encima de la cara, destrozándola con las afiladas uñas de sus garras. Cogí el hacha de la pared y la hundí varias veces en la carne de aquella bestia alienígena hasta lograr matarle. Con un asco inconcebible, pues era una masa informe, la cogí y aparté de la mujer bien lejos. Aunque le latía el corazón, no le quedaban ojos ni orejas ni nariz ni lengua con que darme

las gracias por salvar su vida. Tal vez tengamos suerte y capturemos otro espécimen en el futuro.